



La educación tiene que ser lo primero

Artículo escrito Yasmine Sherif y publicado en la revista Project Syndicate. Para ver original hacer click [aquí](#)

La COVID-19 está llevando al mundo al borde del abismo. La pandemia ya mató a más de 4,7 millones de personas, provocó un 4,6% de reducción del PIB mundial en 2020, y arrojó a la pobreza extrema a entre 119 y 124 millones de personas. Hoy una de cada tres personas en todo el mundo no tiene comida suficiente, mientras familias enteras deben abandonar sus hogares como resultado de guerras y desastres naturales causados por el cambio climático. Y las interrupciones que ello provoca en la escolarización aumentan todavía más la marginación de los niños afectados por las crisis.

Cuando en la cumbre Humanitaria Mundial de 2016 se creó «La educación no puede esperar», un fondo internacional de Naciones Unidas para la educación en situaciones de emergencia y crisis prolongada, había en todo el mundo 75 millones de niños y jóvenes privados del derecho a la educación como resultado de guerras, desplazamientos y desastres naturales.

¿Cómo estamos cinco años después? Mientras la COVID-19 sigue haciendo estragos en los países menos desarrollados y surgen nuevas crisis, la cantidad de niños no escolarizados creció hasta unos 128 millones. Esta cifra (un cálculo aproximado que probablemente aumentará al profundizarse las cada vez más numerosas crisis mundiales) ya es más que la población de Japón, o las de Francia e Italia combinadas. En tanto, los cierres de escuela todavía afectan a dos de cada tres estudiantes en todo el mundo. Es posible que muchos, y en particular las niñas, nunca vuelvan a la escuela a tiempo completo, con el consiguiente riesgo de aumento de casos de matrimonio infantil y trabajo infantil.

La educación es fundamento de paz, estabilidad, prosperidad económica y progreso social. Como resultado de la pandemia, del cambio climático y de reacomodamientos geopolíticos, el mundo se encuentra en un punto de inflexión que definirá la trayectoria del desarrollo humano por muchas generaciones; por eso tenemos que trabajar ya mismo en hacer que la educación sea una alta prioridad.



En la reunión de este año del Foro Político de Alto Nivel sobre Desarrollo Sostenible, el secretario general de Naciones Unidas António Guterres pidió a los gobiernos del mundo reconsiderar el modo en que estamos asignando recursos para dar respuesta a los desafíos globales, mientras se acerca el plazo de 2030 fijado para alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible. ¿Y qué mejor que invertirlos en educación?

Para empezar, invertir en el acceso universal a la educación (y en particular para los niños afectados por crisis) puede ser un importante factor de crecimiento económico a largo plazo. Hay estudios que indican que cada año adicional de estudios puede aumentar de 8 a 10% los ingresos futuros del estudiante. Y el Banco Mundial calcula que el aumento agregado de productividad e ingresos de por vida que podría conseguirse si todas las niñas del mundo completaran un ciclo educativo de doce años ascendería a entre 15 y 30 billones de dólares.

También hay investigaciones que muestran que la incidencia de conflictos violentos es hasta un 37% menor cuando niñas y niños tienen acceso igualitario a la educación. Eliminar la brecha de género educativa también puede ayudar a combatir el cambio climático y el hambre y a promover el respeto de los derechos humanos. Una generación de mujeres profesionales y líderes puede ser capaz de cortar los ciclos de pobreza, violencia, desplazamiento y hambre. De hecho, el rédito económico de extender las oportunidades educativas para las niñas puede ser muy superior al costo financiero de las inversiones necesarias, y los beneficios durarán generaciones.

Desde el punto de vista de las empresas, esta bendición económica trae consigo la promesa de crear nuevos mercados, promover la estabilidad en regiones donde ahora reina el caos y fortalecer la viabilidad a largo plazo de las inversiones. Emprendedores africanos, asiáticos y latinoamericanos tendrán oportunidades para la creación de una nueva generación de empresas.

Desde el punto de vista de los gobiernos, la promesa de más crecimiento económico implica más recaudación. Y con más recursos disponibles, las autoridades podrán dar respuestas más eficaces a la crisis climática, reforzar



la protección del medioambiente, construir carreteras e infraestructuras productivas, y proveer atención médica básica, educación y servicios sociales.

Pero los mayores beneficios serán para los niños atrapados en zonas de conflicto y al borde de la inanición, para quienes recibir educación de calidad implica contar con espacios de aprendizaje seguros, servicios de salud mental, programas escolares de nutrición y acceso a agua y saneamiento. Bastan 220 dólares al año para proveer una educación holística de calidad a cada niño residente en un entorno crítico; los desplazamientos internos, en tanto, cuestan a la economía global más de 20 000 millones de dólares al año, o sea, cerca de 390 dólares por persona desplazada.

Si bien se han hecho algunos avances, son todavía insuficientes. En una mesa redonda que organizaron hace poco el Reino Unido, Canadá, la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y el fondo «La educación no puede esperar», el enviado especial de Naciones Unidas para la educación mundial, Gordon Brown, presentó unas estimaciones del Banco Mundial según las cuales sólo para satisfacer las necesidades educativas de los niños refugiados se necesitarán más de 4800 millones de dólares al año.

Tenemos que movilizar las inversiones necesarias para cubrir el faltante. En concreto, es preciso que los donantes oficiales, el sector privado y actores fundamentales como fundaciones filantrópicas, personas de alto patrimonio neto y gobiernos locales movilicen con urgencia cientos de millones de dólares en financiación adicional para el fondo «La educación no puede esperar».

Puestos a reconsiderar las intervenciones humanitarias y de ayuda al desarrollo en el siglo XXI, tenemos que dar a la educación un papel central en la respuesta a las cada vez más numerosas interrupciones relacionadas con la COVID-19, las guerras y el cambio climático. Tenemos que iniciar acciones audaces ya mismo. Para los millones de niños cuyo futuro está amenazado por las crisis actuales, la educación no puede esperar.